

LA IDEOLOGIA TOTALITARIA I

Iñaki Aginaga

La política es la determinación del comportamiento social por medio de la violencia. La ideología es la determinación del comportamiento social por medio de las ideas. Toda empresa de dominación social establece su supremacía por el control de los recursos económicos y de violencia sobre los hombres, y desarrolla una ideología que la sirve. El grupo social dominante hace las normas, sus servicios de propaganda legitiman sin limitaciones las que le convienen para aumentar, consolidar y justificar su poder, debilitando toda resistencia actual o virtual. Remedia con ello las inevitables limitaciones efectivas de su propia violencia.

La ideología viene dada en la historia de los conflictos sociales como un invento de los fuertes para reforzar y ampliar su poder, invento revisado por los débiles para fundar y confortar su pretensión de emancipación. Las ideologías, como los dioses, se combaten, y “si el filósofo discierne más allá de este tumulto la fraternidad de los dioses, el historiador constata el furor fratricida de las iglesias.”

El desdoblamiento de la conciencia política justa por una conciencia falsa es síndrome de contradicción social estructural y permanente. Las variantes de falseamiento de la realidad correspondiente se localizan también asimétricamente según la condición de dominante y dominado que los sujetos ocupan. Se reservan a las clases sociales débiles y dominadas, cuya capacidad crítica y espíritu de resistencia desapareció hace mucho tiempo, por efecto de la represión terrorista y el condicionamiento psicológico de masas.

En el grupo social ideológicamente dominante, la ideología de la ilusión está siempre subordinada, controlada y tenida a raya por la ideología de la realidad, pues su imprudente distribución “para el propio consumo” pondría en peligro el régimen político. Ningún orden totalitario moderno podría sobrevivir si sus dirigentes creyeran verdaderamente y pusieran en práctica lo que inventan y predicán para que se lo crean los demás. En realidad, son ideas en que sus propagandistas no creen ellos mismos, como prueba su propia realidad política. Fábulas románticas y funcionales mentiras tienen sus límites en la propia estructura general de producción y dominación cuya especie internacional son el imperialismo y el colonialismo. El desastre de la producción y la distribución, la ruina económica y cultural, la crisis y la guerra, sancionan y evidencian sus consecuencias.

El desdoblamiento ideológico se desarrolla en la división del trabajo espiritual y material, la división entre “ideólogos de la ilusión e ideólogos de la realidad” y la división orgánica entre los monopolios y departamentos de propaganda y de violencia. “La división del trabajo, en la cual hemos reconocido uno de los factores más importantes y más potentes de la historia, se manifiesta también en la clase dominante como división del trabajo material y espiritual. En el interior de esta clase, una de las partes funciona como pensadores de esta clase: son sus

ideólogos activos y conceptivos, que tienen la especialidad de forjar las ilusiones de esta clase sobre sí misma, especialidad de la que hacen su principal fuente de subsistencia. Los otros guardan, respecto a tales ideas e ilusiones, una actitud más bien pasiva y receptiva, porque son en realidad los miembros activos de esta clase y tienen menos tiempo para hacerse ilusiones e ideas sobre sí mismos. Esta escisión puede incluso degenerar en cierto antagonismo y cierta hostilidad de las dos partes en presencia. Pero en cuanto sobreviene una colisión práctica que pone en peligro a la clase entera, esta oposición desaparece por sí misma”.

Ideología de la ilusión e ideología de la realidad se producen y localizan de manera también desigual en los órganos políticos de las clases dominantes y del aparato del Estado. Su misma burocracia no escapa a la superchería. “La burocracia es un círculo de donde nadie puede escapar. Su jerarquía es una jerarquía del saber. La cabeza se remite a los círculos inferiores para el conocimiento de los detalles, y los círculos inferiores se remiten a la cabeza para el conocimiento de lo general, y así se engañan mutuamente.” “La burocracia es el Estado imaginario al lado del Estado real, el espiritualismo del Estado”. “Tiene en su posesión la esencia del Estado, la esencia espiritual de la sociedad, es su propiedad privada. El espíritu general de la burocracia es el secreto, el misterio, guardado en su seno por la jerarquía, y hacia el exterior por su naturaleza de corporación cerrada. Así el espíritu político manifiesto, al igual que la mentalidad política, aparecen a la burocracia como una traición hacia su misterio. La autoridad es en consecuencia el principio de su saber, y la idolatría de la autoridad es su mentalidad.” “Si la expresión consciente de las condiciones reales de estos individuos es ilusoria, si, en sus representaciones, ponen la realidad del revés, es consecuencia una vez más de su modo de actividad limitada y de la situación social limitada que de ella procede.” Más que nunca, “en el seno mismo de la burocracia, el espiritualismo deviene un materialismo sórdido, el materialismo de la obediencia pasiva, del culto de la autoridad, del mecanismo de una práctica social osificada, de ideas y de tradiciones fijas. En cuanto al burócrata tomado individualmente, los fines del Estado devienen sus fines privados: es el alalí a los puestos más elevados, es el carrerismo.”

La ideología de la ilusión, relevante en los servicios de propaganda y en las aparentes “instancias supremas”, asambleas generales, burocracia administrativa o judicial, se rarifica hasta desaparecer en los cuerpos “inferiores” del aparato de violencia política que son el fundamento real del régimen político. Quedan poco, escaso o ningún margen para “el ahorro de sentimientos penosos, el disfrute de sentimientos satisfactorios mediante la ilusión y la división del trabajo material y espiritual”, en una “intervención” de las fuerzas armadas, en una cámara de tortura o ante un pelotón de fusilamiento. La verdad y la realidad de un régimen político no se fundan ni manifiestan en los discursos parlamentarios, en las declaraciones ministeriales, en las inauguraciones o las celebraciones o en las aportaciones de los servicios “culturales”, partidos y sindicatos homologados, sino en la actividad material de los cuerpos represivos y en las edificantes e inequívocas declaraciones de principios que la acompañan. “¡En español, mecagüendíos!”, o “¡voy a acabar con esta puta raza!” son la expresión-confesión banal, honrada, lúcida y sincera de la conciencia nacional y política auténtica y efectiva, y dejan poco sitio a la intoxicación ilusionista y espiritualista de los servicios de propaganda militares, civiles o eclesiásticos.

Con el desarrollo del totalitarismo moderno, se reduce todavía el consumo interno del opio ideológico de la ilusión por las clases dominantes, al cabo de la calle y vuelta en cuanto a los valores religiosos y morales, derechos humanos, democracia, libertad y democracia que se atribuyen. Sus fumaderos privativos se limitan a las zonas inertes de su base social y a la deformación profesional de los servicios especializados de propaganda. Contra lo que la ideología romántica de la moralidad pretende hacer creer, no son los poderosos y los opresores quienes sufren culpabilización y remordimientos con respecto a su comportamiento social, ellos no padecen cosas de esas y no necesitan ponerles remedio. “La mala fe, la mala conciencia, desgraciada o dolorosa”, son parte de la ideología imperialista y totalitaria moderna, pero no conciernen a sus beneficiarios, que pueden pagarse una conciencia auténtica de primera calidad y no tienen dificultad para encontrar las justificaciones, las aprobaciones y las bendiciones que moralistas civiles y eclesiásticos fabrican para ellos. Las fuerzas que monopolizan el poder está satisfechas con su conciencia auténtica, no necesitan hacerse ilusiones. No sufren de conciencia culpable, gozan de la buena conciencia de los justos, no porque se creen demócratas, sino porque se saben imperialistas y fascistas y ello les encanta material y moralmente. Si fabrican y distribuyen, cuando les conviene, los infundios de la ilusión “democrática”, es para engaño y uso de los demás. Pero la identificación de los que engañan y los engañados no corresponde sino relativamente a la de dominantes y dominados. Creérselo ellos mismos es, para los primeros, la mejor manera de que se lo crean los demás. No podrían cubrir cumplidamente su objetivo sin, en alguna medida, engañarse también a sí mismos, ni sin contar con el discreto “consenso” de los segundos, incapaces de otro modo de soportar su propia condición.

El condicionamiento externo de la oposición es el principal objetivo de la ideología de la ilusión. Los engañabobos ideológicos se reservan a las clases sociales más débiles, cuya capacidad crítica y espíritu de resistencia desapareció hace mucho tiempo, por efecto de la represión terrorista y el condicionamiento psicológico de masas.

Las clases dominadas son más susceptibles, por su propia condición, de avenirse a comulgar con ruedas de molino. Son los débiles y los oprimidos quienes, no pudiendo inventarse ni comprarse una buena conciencia auténtica, buscan auxilio y refugio en la mala fe, para aliviar la mala conciencia artificial, desgraciada y dolorosa con que la alienación ideológica les ha dotado. En un grupo social ideológicamente dominado, la ideología de la ilusión carece virtualmente de limitación alguna. Cuanto más dominado se encuentra, tanto más se aleja de la ideología de la realidad para refugiarse en los paraísos artificiales que él mismo demanda y sus proveedores internos y externos le procuran.

En materia de moralidad, como en materia de legalidad, cada cual fabrica las que le convienen. La capacidad de reacción de la moral sobre la política y el derecho, como del derecho sobre la política general, es muy limitada. La ideología moral, política y jurídica dominante es la que el grupo social dominante crea e impone. Las normas las hace él, sus servicios de propaganda legitiman sin limitaciones las que le convienen para aumentar, consolidar y justificar su poder, debilitando toda resistencia actual o virtual. Los “valores supremos, trascendentes e inamovibles” del comportamiento social, son los que el poder

inventa, impone, recambia o destruye mediante la presión social, económica y política, el condicionamiento psicológico e ideológico la intimidación y la fuerza bruta.

Todo lenguaje, todo concepto y toda teoría son en mayor o menor medida ideológicos, pero su manipulación, falsificación, confusión, decomposición, inversión, perversión, trucaje y recuperación sistemáticos alcanzan, lógicamente, su máxima dimensión, en los períodos de involución democrática y de reacción totalitaria. Toda teoría está ideológicamente determinada o condicionada, pero la ideología nacionalista-imperialista, nacional-socialista o nacional-fascista sirve consciente, deliberada y directamente objetivos sociales o políticos inmanentes a sus propios intereses.

Al imperialismo y el fascismo actuales sólo les interesan las ideas en cuanto herramientas de dominación y como objetivos a destruir. Su ideología no tiene por fin la verdad, la ciencia, el conocimiento, la información, sino su destrucción o manipulación al servicio de la dominación sobre los pueblos y la desaparición de los hombres libres. Lograr que sean cada vez más tontos, es decir cada vez más débiles, es su verdadera función. Basta con observar el resultado sobre una opinión pública indefensa para darse inmediata cuenta de la temible eficacia con que la realizan.

Dado el carácter estrechamente utilitario e instrumental de tal ideología, cualquiera que sea la cuestión planteada o por plantear, las posiciones oficiales correspondientes pueden conocerse o deducirse de antemano, de manera simple, segura, directa e inmediata. ¿Conviene o no conviene a la dominación-liquidación de los pueblos ocupados por el nacionalismo imperialista? Esta es la única cuestión real y cínicamente fundamental que decide de la línea a seguir, el pie forzado de toda propaganda. Todo “principio” se abandona, se recobra o se sustituye por otro si no cumple o no cumple ya la única función que se le asigna. Que un cambio político o ideológico de circunstancias se produzca y publicistas, funcionarios y “científicos” cambiarán inmediata y solidariamente de normas, de método y de religión, y volverán a hacerlo cuantas veces les haga falta. La ideología imperialista es un arma y nada más que un arma, cuando una idea no sirve, o no sirve ya, se tira y se coge otra, “yo hago con las ideas como con las botas, cuando se rompen las tiro y me pongo otras.” Toda “comunicación” que provenga de tales fuentes ha de tratarse metódica y sistemáticamente como simple vector de penetración e intoxicación ideológicas. La crítica teórica y sobre todo práctica de la ideología totalitaria es parte de la resistencia democrática al imperialismo.

El nacionalsocialismo alemán, que sus apologistas, cómplices y beneficiarios del fascismo español o francés presentan ahora como abominable referencia, afirmó siempre que “es moral y legal lo que conviene al pueblo alemán”. Con el mismo fundamento, pueden los servicios de propaganda franco-españoles ponderar el nacionalismo, el imperialismo y el fascismo como formas superiores de moralidad y legalidad políticas. Y puede proclamar el nuevo intérprete, árbitro, dictador y profeta supremo de la moral y la legalidad universales, y no se priva de hacerlo, que “los USA defienden en todo el mundo el Bien contra el Mal”, mediante la instauración de y el apoyo a los más reaccionarios poderes fascistas e imperialistas del planeta.

Evacuadas así, expresa o tácitamente, toda transcendencia y toda alteridad normativas,

metafísicas, teológicas, naturales, racionales, institucionales y sociológicas, las normas de conducta de la moral y el derecho aparecen como expresión unilateral, inmanente, directa e inmediata del interés nacional o estatal, como simple subproducto, reproducción y accesorio ideológico del poder dominante. Moralidad y legalidad se resuelven en el monismo conductista, se identifican con el simple condicionamiento positivo ideológico y político por la presión social en general y la violencia en especial. La dominación ideológico-política no se califica por referencia a una moralidad y legalidad distintas de ella, la “correspondencia” deviene identidad, moralidad y legalidad no son sino la normatividad positiva inmanente de la dominación ideológico-política. Una “norma” que no rige el propio comportamiento sino que se dicta por él es un simple medio de condicionamiento unilateral del comportamiento ajeno por el propio. El Bien es lo que hace él y el Mal lo que hacen los demás. Una determinación funcional, primaria y binaria de los hechos y de las ideas sirve así a las necesidades de la ideología dominante. El poder dominante es tautológicamente moral y legal porque, por construcción y designación decisorias, es moral y legal lo que el poder dominante impone, al margen de toda real o supuesta normatividad previa o externa. El bien y el mal no sólo “convienen” al imperialismo y el fascismo, son lo que conviene al imperialismo y el fascismo, o en cada lugar y cada momento. Se hace así “evidente”, con la inapelable aunque vacua evidencia de todo truísmo, la moralidad y la legalidad sin falla de todo poder ideológico y político propio y la inmoralidad e ilegalidad correlativa de toda oposición. La dominación ideológico-política no se califica ahora por referencia a una mediación transcendente, moralidad y legalidad distintas de ella, la “correspondencia” deviene identidad, moralidad y legalidad no son sino la normatividad positiva inmanente de la dominación ideológico-política. La axiología transcendental se resuelve así en el truísmo inmanentista.

La necesidad de reforzar u ocultar la realidad normativa llevó a su objetivación transcendente y dualista, totem y tabú, ley divina, ley natural, imperativo categórico. Pero, del profascismo presuntamente derrotado al nuevo orden o desorden hegemónico mundial, diverso y globalizado a la vez, el uso intensivo y extensivo ilimitado de la presión moral y jurídica al servicio del interés dominante y su clonación normativa, el descrédito creciente de toda justificación ideológica tradicional, la variación, la adaptación y la sustitución aceleradas, continuas y oportunistas de la norma en el tiempo y en el espacio, conllevan el rápido deterioro de toda credibilidad de la propaganda fascista y el descrédito de su mistificación y justificación ideológica, (que ha sobrevivido al devenir histórico, el historicismo, el criticismo, el positivismo y el sociologismo). Desvelan “el gran misterio” de la moral y el derecho poniendo en evidencia la realidad de su producción, suscitan la adaptación y la proliferación correspondientes del arma ideológica contraria y arrastran, en consecuencia, la destrucción de todo orden normativo y la ampliación-exacerbación paroxísticas de los conflictos políticos y del monopolio totalitario y terrorista de la violencia.

Las normas “morales o jurídicas” no desaparecerán por eso. Son desarrollo y sofisticada elaboración del comportamiento animal y vegetal desde que el mundo es mundo, mucho más fundamental que, y muy anterior a, la aparición tardía de la metafísica normativa transcendental. El reino vegetal y el reino animal han subsistido perfectamente sin ella muchos millones de años, y pueden seguir subsistiendo indefinidamente de la misma manera.

Regresión bestial o proceso de demistificación, liberación y desintoxicación ideológicas, según se mire, asistimos, aparentemente, a una nueva y última fase, lamentable, patética, degradada y envilecida, de su larga y equívoca incursión en la historia de las formaciones y los conflictos sociales.

Sin recurso, instancia, referencia o reglamentación real o aparentemente supra-estatales, de las que nadie espera ya apoyo y cuya coacción nadie teme tampoco, la anarquía de la violencia recupera su preeminencia natural. Si Dios no existe, y la sociedad internacional tampoco, todo es lícito. Sin normas de derecho ni de moral que en alguna medida obligan a todos, en el *chacun pour soi o el sauve qui peut* institucionalizados, sólo la evaluación individual y caso por caso de la relación de de las fuerzas en conflicto decide ahora de la paz y de la guerra unilateralmente sostenidas o emprendidas. El nuevo “orden internacional” ha creado las condiciones para que la violencia pura y a ultranza aparezca como la única salida digna de consideración para toda potencia que se estime en condiciones favorables para ejercerla. Milenios de civilización nos han llevado a la primitiva y recurrente conclusión de que la única forma de solucionar los conflictos consiste en pegar fuerte y cuanto antes por su propia cuenta, y que dilaciones, transacciones y mediaciones solo llevan a perder el tiempo y a hacer el juego del adversario.

La ideología dominante oculta y falsea los hechos para hacer creer que las cosas son lo que conviene a su dominación. No conoce más racionalidad ni más moralidad que las que la sirven. La ideología imperialista y fascista, es producto e instrumento inseparable de la política efectiva, de los monopolios de violencia, terrorismo y propaganda, que exalta y sostiene. Pero, con desfachatez inaudita, niega al mismo tiempo la realidad más evidente mediante la afirmación absurda de que la violencia del Estado dominante y, por tanto, el Estado mismo, no existen. Se trataría de un régimen a la vez político, “natural”, pacífico, no-violento, fundado en las elecciones y los votos de los ciudadanos. Pero un tal régimen no ha existido nunca y nunca existirá, porque el absurdo y la contradicción en los términos no corresponden ni corresponderán jamás a realidad alguna.

Todo ello presenta algunas dificultades y no puede hacerse sin una compleja operación psicológica e ideológica. Podría incluso pensarse, a priori, que es tarea o misión imposible convencer a nadie de que las fuerzas armadas cuya fuerza bruta ha subyugado a los pueblos y que ejercen, a la vista y a costa de todos, sus constitutivas funciones profesionales de represión y terror, no existen, y el Estado tampoco.

La propaganda fascista e imperialista es formalmente irracional, lo que en las condiciones de los monopolios de violencia, terror y propaganda, no le causa perjuicio considerable, sino más bien lo contrario. Si la mentira, el despropósito y la vacuidad formales son la materia de que se nutre la propaganda dominante, si los monopolios de propaganda se molestan en difundir estas cosas es, sin duda, porque no tienen cosa mejor y porque funcionan. Si funcionan es, sin duda, porque la capacidad de información y el sentido racional y crítico de la población se encuentran ya reducidos a cotas vecinas de las tan asidua y eficazmente deseadas y perseguidas o han desaparecido por efecto de la propaganda, implementando la alienación social con la alienación mental. Es una asombrosa demostración de la ilimitada capacidad de embaucamiento de que disponen los monopolios estatales de violencia y

propaganda, lavado de cerebro e intoxicación de masas, sobre poblaciones reducidas al estado de zombis telefónicos.

El fascismo ha afirmado siempre que convenientemente tratados, condicionados, desinformados y contrainformados, los pueblos se lo creen todo y cualquier cosa. Pero los medios de intoxicación de masas de que disponían Mussolini, Hitler y Franco eran un pequeño anticipo de las armas de destrucción masiva de la razón y la conciencia política que los monopolios de violencia e información modernos ponen a disposición del actual régimen totalitario.

Los intereses del fascismo y del imperialismo en el mundo actual les impiden presentarse tales como son. La ideología democrática universalmente pregonada desde la segunda guerra mundial obliga a todo régimen totalitario a cubrirse y justificarse con ella. “Cuanto más reaccionaria es la política de los Estados imperialistas, más se camufla cuidadosamente tras de frases pomposas sobre la libertad, la democracia, ‘el mundo libre’ etc.” Es objetivo constante de la nueva ideología imperialista y fascista hacer creer que el imperialismo y el fascismo no existen.

Por un lado, falsifica la idea de “democracia” para que “corresponda” a la realidad. Por otro, falsifica la realidad, el origen, el fundamento y la naturaleza del poder político establecido, para que corresponda a la idea de referencia.

Los agentes del nacionalismo imperialista se llaman ahora demócratas, pero son los mismos fascistas de siempre, más peligrosos todavía que antes. Desde la caída del fascismo y el nacional-socialismo primitivos, los ideólogos del totalitarismo invocan “la libertad, la democracia, los derechos humanos y la no-violencia” y, en consecuencia, condenan teórica y prácticamente a los que antes persiguieron por lo contrario. Esta cínica y desvergonzada inversión total de los términos políticos es un aspecto ideológico característico del fascismo y el imperialismo actuales.

Por desgracia, los pueblos que sufren la ocupación imperialista presentan regularmente las condiciones de primitivismo, ingenuidad, buena fe, credulidad y subdesarrollo ideológico y político que hacen de ellos presa relativamente fácil para sus predadores. Su tendencia a confundir la lucha ideológica real con un diálogo imaginario y a creer en la honradez y la buena voluntad de los agentes de la propaganda totalitaria les convierte en víctimas seguras y propiciatorias.

La política y la guerra absolutas y totales, tales como el fascismo y el imperialismo las entienden y practican, no conocen normas, armas y objetivos prohibidos. Los crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, la conculcación y la represión de los derechos humanos fundamentales son comportamiento propio y normal de los actores de la violencia total nacionalista, imperialista y fascista. Del mismo modo, la política y la guerra psicológicas que las integran son ilimitadas. Todo es lícito y válido para los “servicios de inteligencia” e intoxicación de masas. La prepotencia, la provocación, la desfachatez y la falta de vergüenza, la hipocresía o el cinismo en la falsificación, la mentira y la difamación, la ausencia de todo sentido del honor, de la honradez y de la decencia son inherentes a su

naturaleza ideológica, son cualidades propias, normales y congénitas de sus agentes, cualidades con las que hay que contar como simples datos objetivos, sin más reacción ni indignación que las que su tratamiento efectivo necesita.

Probidad intelectual y nacionalismo imperialista se excluyen mutuamente. Los ideólogos del nacionalismo imperialista y fascista no son honrados teóricos u hombres de ciencia ni menos todavía gentes de bien, que “defienden sus ideas, todas legítimas y respetables, con la pluma y la palabra, y oponen la cultura a la violencia”, como pretenden hacer creer sus servicios indígenas y “autónomos” de intoxicación de masas. Son, como políticos, agentes, partícipes, cómplices, encubridores y beneficiarios, notorios y convictos, de los crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad que constituyen el imperialismo y, como ideólogos, mentirosos, difamadores, falsarios y embaucadores, tramposos y fulleros, jugadores de ventaja habituales o profesionales.

El imperialismo no conoce más dialéctica que la de los cañones. No sabe, no quiere, no puede acceder a ninguna otra. La ideología es su trasunto. Pretender modificarla por la crítica teórica sería como explicar al lobo por qué no debe comerse a la oveja, si el hambre no se viera aquí intensificado y multiplicado por factores de ideología y psicología nacionalista y terrorista que nunca han afectado a tan noble animal. Nada, fuera de una resistencia de nivel estratégico, puede contener las ansias exterminadoras de los “grandes” pueblos homicidas y genocidas, predadores del género humano. La línea de liquidación estratégica solo ha conseguido exigencias más duras cada vez, pues el imperialismo adelanta inmediata y sistemáticamente sus posiciones cada vez que la “oposición” retrocede. Apaciguar o domesticar a la bestia imperialista, persuadir a la fiera fascista o dialogar con ella, oponer “votos”, palabras y atentados a la violencia y el terrorismo imperialistas son propósitos ilusorios y absurdos que sólo los cómplices “moderados o radicales” del fascismo y el imperialismo pueden alimentar. Sólo los cómplices de la propaganda fascista-imperialista pueden creer o hacer creer que “la persuasión y el diálogo” pueden afectar a la dictadura ideológica, como sólo ellos pueden creer o hacer creer que el nacionalismo imperialista va a retroceder por el voto, las palabras y los atentados en las condiciones del régimen de ocupación. El fascismo y el imperialismo no dialogan, de otro modo no serían el imperialismo y el fascismo. A veces negocian, cuando la relación estratégica les obliga irremediabilmente a ello, lo que está muy lejos de ocurrir en los territorios ocupados previamente reducidos a la indefensión política e ideológica. Menos todavía pueden hacerlo los ilusos y cómplices que ejercen funciones y asumen responsabilidades ideológicas y políticas.

La política y el derecho tienen por contenido propio la determinación del comportamiento social por la violencia, pero son a la vez factor y vector ideológicos autoritariamente impuestos de primera importancia y, con frecuencia, no son ni pretenden ser otra cosa.

La eficacia de la propaganda totalitaria no depende de sus caracteres formales, sino de la debilidad, la inferioridad y la indefensión correlativas en que encuentra o a que reduce a sus víctimas. Que en los pueblos subyugados se den capas sociales afectadas e infectadas por ellos muestra el grado de debilidad moral o mental, el desamparo de amplios sectores sociales aterrados por la represión y alelados por los monopolios de radio-televisión.

El pensador, el político y el hombre libre que afrontan cuestiones teóricas, prácticas, o de simple información en las condiciones del imperialismo harán bien en desconfiar y protegerse de toda comunicación o aportación “informativa, científica o artística” que provenga de sus agentes. Para los políticos, los científicos y las personas decentes, ningún comercio digno, ninguna honrada frecuentación, son posibles con los agentes ideológicos imperialistas y fascistas, cualesquiera que sean las pretensiones morales o culturales con que se encubran. No se habla con quien no ya tiene una pistola encima de la mesa, sino que se apoya sobre el monopolio de la violencia establecido por la guerra y la conquista, no caben habladas con los agentes de propaganda y guerra psicológica que imponen las ideas del imperialismo y el fascismo al servicio y amparo del ejército de ocupación. El “diálogo” con el fascismo y el terrorismo imperialistas es un absurdo formal que encubre la complicidad con sus agentes y el encubrimiento de su empresa criminal de destrucción de los hombres y los pueblos libres. Las personas decentes, las gentes de bien, no dialogan con los criminales fascistas e imperialistas que han ensangrentado y oprimido nuestro país desde hace doce siglos.

Las relaciones democráticas son imposibles y contradictorias en las condiciones del régimen imperialista de ocupación, con los que combaten los derechos humanos fundamentales y, en primer lugar, el derecho de autodeterminación de los pueblos, “primero de los derechos humanos y previa condición de todos los demás”. Relaciones democráticas, voluntad popular, derechos humanos, sólo se alcanzan por la supresión de la ocupación imperialista.

La ideología imperialista tiene necesidad ineludible de ocultar origen, naturaleza, esencia y fundamentación del régimen de ocupación, su constitución primaria y real, fundamento de su constitución secundaria y formal. La falsificación de la historia y la sociología, la perversión inversión, confusión y subversión de términos y conceptos, la falsificación semántica propias del régimen totalitario, la destrucción de la razón son el medio idóneo y necesario de que disponen para la tarea.

El discurso-adoctrinamiento no se ha abandonado, porque falsedades y mentiras, mitos, hipóstasis y esencialismos, perversión semántica y manipulación de conceptos, petición de principio, contradicción en los términos y demás paralogismos son siempre efectivos a condición de que los "teóricos" fascistas hablen solos, (por eso y para eso son fascistas), cuando toda crítica o información simplemente objetiva se encuentra efectiva y oficialmente proscrita por la violencia, el miedo, la corrupción, cuando la "oposición" se encarga de decir lo que al poder establecido le conviene que le opongán. Así y todo, semejante discurso se ve cada vez más desplazado por las técnicas "científicas" de condicionamiento del comportamiento, de intoxicación, lavado de cerebro, *bourrage de crâne*, creación de reflejos positivos y negativos ante estímulos primarios predeterminados. A éste nivel el fascismo imperialista no propone tesis, lo que excluye sin más toda antítesis.

En último término, la creación de ruido, de nubes de humo, la simple ocupación del espacio visual o auditivo o la fijación, neutralización o simple desgaste del adversario lo bastante ingenuo o disminuido para caer en la trampa, son fines que justifican ampliamente para el nacionalismo imperialista la degradación, degeneración y destrucción de la razón y de la dignidad humana. La fabricación de zombis es una necesidad de primer orden para el totalitarismo moderno.

Cómo resistir a la violencia imperialista ha sido siempre la cuestión primera para los pueblos privados de su libertad nacional. En los territorios ocupados, esto incluye la perentoria y urgente necesidad suplementaria de escapar a las perturbaciones del psiquismo individual o colectivo que la exposición inmoderada y continuada a las majaderías ideológicas de la administración local tiene por triste consecuencia.

Los ideólogos del nacionalismo imperialista pretenden que el miedo impide la producción y difusión de sus ideas. Pero nunca en este País el nacionalismo español y francés ha tenido la menor dificultad para la producción y difusión de sus infundios, que tienen a su servicio el control monopolista absoluto de todos los medios de violencia y de condicionamiento de la opinión pública. La propaganda ilegal o clandestina no ofrece rastro de “tan perseguida ideología”. Es la defensa de la democracia, de la libertad y del derecho de autodeterminación de los pueblos la que se confina invariablemente en ella, pues toda vía regular de expresión le está permanentemente cerrada. El recurso obligado a tan limitada y problemática vía de expresión certifica la realidad de la opresión y revela su verdadero paciente, nadie elige por gusto la marginación o la clandestinidad ideológicas y políticas. La violencia, la ilegalidad y el miedo siempre están aquí del mismo lado, y determinan el carácter precario, individual y confidencial del underground ideológico democrático. Cuando la simple defensa teórica de los derechos humanos fundamentales debe refugiarse en ellas como condición de posibilidad, el régimen que lo hace necesario se califica por sí mismo.

Los franquistas, no tratan ya de hacerse olvidar y pasar discretamente ignorados o desapercibidos, se proclaman demócratas y no-violentos a la vez, imputando sus propios crímenes a los pueblos que los padecen. Alardean y dan lecciones de no-violencia y democracia, lo que no hicieron los primeros franquistas y sus modelos y valedores nacional-socialistas alemanes y fascistas italianos. Un millón de muertos, encarcelados, esclavizados o desterrados, no ha encontrado sanción ninguna. Los asesinos de masa se amnistiaron ellos mismos. No han renunciado nunca a los poderes y bienes adquiridos por la violencia, la guerra, el pillaje, el terror y la dictadura. No han disuelto su gobierno ni entregado las armas, no han reconocido sus crímenes (ni nadie se lo ha pedido) ni se han arrepentido de ellos, no han pedido perdón e indemnizado a sus innumerables víctimas individuales y colectivas, militares y civiles, hombres, mujeres y niños, ante los cuales se pasean y pavonean los provocadores a sueldo de la peor especie. La repugnante propaganda que los monopolios imponen persigue la transferencia de los crímenes imprescriptibles del fascismo, el imperialismo y el terrorismo institucional a las víctimas individuales y colectivas que los padecen, la humillación, el deshonor, la culpabilización, la demoralización de los pueblos indefensos, al servicio de la solución final, único objetivo cardinal del nacionalismo imperialista.

Hablan de “libre expresión y comunicación de las ideas”, y claman su indignación por la persecución que sufren “por el solo hecho de pensar de forma diferente y defender sus ideas con la pluma y la palabra, oponiendo la cultura a la violencia”. Pero los agentes del imperialismo no se limitan a “pensar de forma diferente” ni a “defender sus ideas con la pluma y la palabra”, como quieren hacer creer, y nadie les persigue por ello. Tras de establecer por la guerra, y el monopolio de la violencia, el régimen político que les conviene,

silencian, encarcelan, destierran, cuelgan y fusilan desde hace siglos a todo el que no piensa y actúa como ellos. Sin el monopolio de la violencia que han establecido por la guerra, la conquista, el terrorismo de masas, la destrucción de los derechos humanos fundamentales, sin el monopolio de los medios de los medios de propaganda sus ideas, sus plumas y sus palabras no son nada. Sus ideas se defienden e imponen por la guerra, la violencia y el terror institucionales. Las de los demás, por los “medios“, en los límites y las condiciones que la guerra y la violencia institucional les imponen. Así entienden sus partidarios el “derecho de todos a pensar de manera diferente y comunicar libremente”.

Hace mucho tiempo que en este país “el libre pensamiento y la libre comunicación de las ideas” están reservados a las clases dominantes del nacionalismo imperialista, con sus cómplices locales. El imperialismo impone sus ideas por la guerra, los monopolios de violencia y propaganda. Las de los demás “se defienden” por los medios ilegales y marginales que el totalitarismo no logra totalmente destruir, porque, “por desgracia, ningún régimen es perfecto” y ningún totalitarismo es totalmente total. Pero sí son, en cambio, perfectibles, y a la liquidación de toda idea de libertad se dedican los medios de violencia, terrorismo, corrupción e intoxicación de masas de que los monopolios del imperialismo fascista disponen.

A partir de la sumisión a todas las “leyes” y a todos los postulados del nacionalismo imperialista, el régimen “democrático y no-violento” acepta todo lo que se quiera, y defiende, en particular, “el derecho de todos a pensar libremente y de manera diferente”, es decir a “pensar” como quieren ellos, que son mucho más libres, mucho más iguales y mucho más diferentes que los demás. El “derecho” que reclaman es, en realidad, el derecho monopolista, unilateral y absoluto, sin déficit ni contestación posibles, por marginales que sean, de imponer su propia ideología, que pretenden presentar como neutral, general y democrática, complemento del totalitarismo político al que llaman democracia.

Si fascistas e imperialistas reprimen la libertad de expresión e imponen por la violencia su propia ideología, no es porque perversas pulsiones e inclinaciones les llevan a preferir tales procedimientos a “la persuasión y el diálogo” de que tanto hablan. Es porque no tienen más remedio ni otra alternativa. Los que durante siglos, matan, encarcelan torturan, utilizan sistemáticamente la amenaza y el terrorismo para establecer su dominación, no tienen otros “argumentos” que oponer a la libertad. Nadie, provisto de los monopolios de la violencia y de los medios de comunicación y condicionamiento de masas, de una aplastante superioridad demográfica y económica, tiene necesidad ni interés en impedir la libertad de expresión y en confinar a la oposición en la clandestinidad, si no es consciente de que sus propios ideólogos, ventajistas de necesidad, son completamente incapaces de afrontar nada que se parezca a la más mínima crítica o el más primario debate. De hecho, sólo pueden afrontar la “réplica” servil, preparada, amañada, programada y prefabricada de sus amordazados, alledados, corrompidos o aterrorizados comparsas “moderados y radicales”, preparados y siempre dispuestos para cumplir con su triste papel. Es así como entienden la “libertad de expresión”, cuando los servicios auxiliares de la “oposición” local, filtrada, infiltrada, impregnada, controlada y dirigida por el poder establecido, se encargan de decir lo que al poder mismo le conviene que se diga.

Es eminentemente comprensible la necesidad en que se encuentra el imperialismo de impedir, por todos los medios, la más mínima libertad de elaboración y expresión de las ideas de los demás. Visto el nivel teórico-formal de la ideología dominante, nadie puede creer, que semejante basura pueda imponerse socialmente sin la represión y el miedo que los monopolios de violencia y el terrorismo de estado ejercen e infunden en sus víctimas, sin los medios de difusión e intoxicación de masas que los correspondientes monopolios ponen a su servicio exclusivo. Nadie puede creer, por el contrario, que se necesite recurrir a la violencia y el miedo para oponerse a ella en cualquier lugar donde exista la más elemental libertad de pensamiento, expresión, crítica, información y comunicación.

El miedo a la libertad de pensamiento, expresión, información y crítica revela de manera inequívoca la dominación o las tendencias totalitarias de una organización política. Fascistas e imperialistas tienen, efectivamente, miedo, pero miedo a todo pensamiento y a toda forma de expresión libres. Temen a todas las ideas, hasta las de su propia laya, si escapan al control absoluto de la clase política e ideológica felizmente reinante. Los demócratas no temen a la libertad, ni siquiera para las ideas imperialistas y fascistas, allí donde la libertad de pensamiento, expresión, crítica, información y comunicación existe para todos. Sólo temen al monopolio y la represión totalitarios de toda vida ideológica, cultural, artística y científica. En un régimen democrático efectivo, la libertad de expresión, incluso para sus enemigos, sería la forma más eficaz de poner en evidencia la miseria ideológica del fascismo y el nacionalismo imperialistas. Dejarles hablar en igualdad de condiciones es, prácticamente, el peor tratamiento que se les puede infligir.

Con su actitud represiva y asociada de este derecho fundamental, todos los partidos oficiales del régimen de ocupación, del franquismo tradicional a los institucionalistas armados y desarmados, han mostrado sobradamente durante medio siglo su clara conciencia de que sólo al abrigo de los monopolios de violencia y propaganda pueden engañar y subyugar a un pueblo, reducido por ellos a la indefensión ideológica como a la indefensión política. Durante cuarenta años de autoproclamada democracia, no ha habido una sola crítica o un solo debate libremente desarrollado, sin censura, exclusiones y limitaciones, al abrigo del terrorismo de Estado.

La ultranza y la debilidad formal de la propaganda fascista e imperialista, la aparente imprudencia en el dislate, la mentira y la irracionalidad se explican por las condiciones y los objetivos principales o accesorios, son causa y efecto de la situación de dominación absoluta que el monopolio de la violencia proporciona a sus agentes. La confusión, el caos y el envilecimiento de las ideas benefician siempre al fascismo. La contradicción, el embuste y la estupidez son siempre rentables si el monopolio de propaganda les asegura repetición y penetración sin contrapartida.

En período de crisis e inflación ideológicas, la paridad semántica y la estabilidad conceptual son valores que no se cotizan, la moneda falsa emitida por los bancos del vocabulario oficial expulsa a la buena. El poder político ha aplicado siempre la vieja receta de cambiar y desdoblar los nombres y las ideas para hacer creer que son las cosas las que cambian.

La propaganda imperialista es formalmente irracional, pero su integración ideológica se realiza sin mayores dificultades mientras el monopolio de la violencia asegura y garantiza el monopolio mediático. Se evidencian así la amplitud de la destrucción de la razón por el totalitarismo moderno y el alcance casi ilimitado del monopolio de propaganda y guerra psicológica que el monopolio de la violencia pone a su disposición.

En su contenido teórico, la ideología imperialista es falsa, desprovista de valor y sentido lógicos. Pero como ideología dominante aparece transfigurada por el monopolio de la violencia, que conlleva el monopolio de las ideas, la “superioridad” de la ideología imperialista no se funda en su calidad teórica, sino sobre todo en su aplastante ventaja de expresión cuantitativa, que el monopolio de comunicación y propaganda le confiere.

La irracionalidad formal no es defecto ni debilidad sino plenitud y virtud del imperialismo y el fascismo. Lejos de perjudicarles, la irracionalidad les ofrece ventajas ideológicas considerables, sin competencia racional o científica ideológicamente efectiva. Por sorprendente que esto parezca a los ilusos o idealistas románticos que todavía creen en el valor y la vigencia universales del panlogismo como arma ideológica.

Por si no tuvieran bastante con sufrir la sinrazón del despotismo y el despotismo de la sinrazón, las fuerzas democráticas sufren también la tiranía de la razón. Lógica formal, precisión conceptual y terminológica tienen su propia virtualidad, pero implican limitaciones que no afectan a la propaganda totalitaria, que pasa de cosas de esas. Al moderno totalitarismo, el método científico, el principio de no-contradicción, la lógica formal les traen más sin cuidado que a todos los sistemas despóticos que lo precedieron y fundaron.

El totalitarismo contemporáneo puede acusar al adversario de carencias o crímenes y atribuirse cualidades que, teóricamente pero no ideológicamente, se excluyen entre sí. La razón y la democracia disponen de una línea ideológica única, carecen de diversificación ideológica complementaria. La destrucción de la razón y el totalitarismo tienen todas las que les hagan falta según la época, el lugar, el adversario y la coyuntura, y todas son sucesiva o simultáneamente, parcial o totalmente operativas y operacionales. La ideología fascista e imperialista puede así ampliar, diversificar y adecuar su propaganda a los más diversos clientes, con ofertas especiales adaptadas a cada estrato o grupo social. Puede utilizar versiones, interpretaciones, proposiciones, justificaciones, principios u objetivos diversos, indeterminados u opuestos entre sí, reunidos en un mismo complejo conceptual bajo un mismo término. Comprensiones y extensiones heterogéneas permiten la transferencia entre conceptos diversos, convertidos en ideas múltiples, con material ideológico-genético heterocigótico dominante o recesivo en reserva, que se pueden promover sucesiva o simultáneamente según conviene. Las ideas se hacen valer según su utilidad propia y diversa en la totalidad ideológica. Se llaman, suscitan, dividen, acumulan, combinan, transfieren, apoyan, confortan, encubren, legitiman, operan simultánea, sucesiva o alternativamente, global o sectorialmente, desarticulada y cumulativamente o fluida y armónicamente, sobre un espacio ideológico común indiferenciado. Constituyen conglomerados operativos determinantes de las tendencias, la afectividad, las emociones y las pasiones colectivas, en una dimensión de la propaganda, de la guerra psicológica y de la psicología social donde toda racionalidad formal ha dejado hace tiempo de existir, si alguna vez lo hizo.